

eres, entónces es cuando se vería que no son tan valientes como se cree. ¡Lo mejor sería que un día al entrar en tu casa te hallaras al recién nacido fajado ya y arregladito en la cama al lado de su madre! ¿Pero no estás ya suficientemente alejado del círculo? ¿No basta ya el poco caso que hacen de tí? El niño viene al mundo; la madre vuelve en sí. ¿En quién piensa entónces? ¿En tí? No. En la criatura. ¿Es niña? ¿es niño? Enseñádmelo. ¡Ángel mio! Y entónces, volviéndose hácia tí (si es que lo hace) te dice: he sufrido mucho, he creído que no me volverías á ver. Será menester que me quieras mucho, que me cuides, que me mimes; pues has de saber que voy á criar á mi hijo, porque lo he resuelto así.

¿Que lo vas á criar? ¡Pero eso es cuestion por lo ménos de diez ó doce meses! Entónces te vas á casa del médico y le dices que es preciso que él vea á tu mujer y la haga entrar en razon (ya necesitas del auxilio de alguno para hacerla entrar en razon): das por pretexto que ella es demasiado delicada, que eso la cansará, la estenuará y la estropeará; una campesina que sea bien robusta es cien veces preferible. Antes es la salud del niño que nada. Al médico sólo le dais estas razones, pero él adivina las demás. Doctor, póngase usted en mi lugar, etc., etc.

La mujer se resiste, quiere criar. Tendría un remordimiento eterno si no cumplierse con su deber; y si sucediera algo al niño, ella no se lo perdonaría

nunca. No hay nada para un niño como la leche de su madre. No basta dar el sér; es preciso darle la vida, etc., etc. ¿Qué puedes contestar á esto? Ya tienes broma para un año; y si te has portado bien en este tiempo, ¿serás admitido á ser padre otra vez? No por cierto, sino á hacerla madre.

Bajas la cabeza, te hallas vencido por lo femenino, el eterno femenino. Te ha empleado para la obra que tenía que hacer, te atrae, te seduce, te utiliza, te aleja, te vuelve á tomar ó te elimina, segun sus exigencias de destino y funciones. Y ten entendido que siempre es lo mismo, cualquiera que sea el terreno en que te encuentres con la mujer. Nunca te toma por tí; siempre para ella.

Te haré observar una cosa; y es, que la mujer que acabo de describirte es todo lo mejor que puedes hallar y desear para esposa. Despues de haber sido del templo, pertenece verdaderamente al hogar, y permanece en él lealmente, radiante para siempre con el resplandor de su primitivo estado. Está en armonía, no sólo con la Naturaleza, sino tambien con la religion y la sociedad. Es la verdadera esposa y la verdadera madre. Sigue derecho su camino en este mundo, Dios por encima de ella, su marido al lado, sus hijos alrededor. A cualquiera esfera que pertenezca, mujer de la córte ó mujer del pueblo, vive y muere en equilibrio.

Si eres de los *que saben*, al momento la conoces

y te das á conocer de ella, os habeis entendido, os habeis confundido, y no habeis tardado en formar un sólo sér: el Hombre-Mujer de la creacion primera.

Si estás en el número, é indudablemente lo estás, pues de otro modo nada tendria que decirte, si estás en el número de los *que no saben*, y á pesar de ello la hayas conseguido por conveniencia social, ó ella te ilumina de repente y te rehabilita (*ex labris feminae spiritus*), pero siempre quedando superior á tí, ó reconociendo que siendo del mismo grupo no vales más que los otros, aunque exteriormente te respetará poco á poco, te irá alejando de su vida interior, contentándose con hacerte servir para sus funciones. Te suprime como esposo real, te limita como padre efectivo, te acepta y te utiliza como generador; y despues de esto te envia al campo, al trabajo, á la ambicion, al placer, haciéndote gravitar dentro de su atmósfera, impidiéndote que te pierdas en tus caprichos, declarándose sola responsable ante Dios y la sociedad. Ella te cuida si estás enfermo, te consuela y te compadece cuando eres desgraciado, te entierra y te glorifica cuando mueres; y te describe á sus hijos tal como *hubieras debido* ser en realidad, tal como deben conservarte en su memoria; y cuando ella á su vez muere, despues de tí, y te encuentra llamando inútilmente á las puertas del cielo, dice á Dios: «Señor, dejad entrar á este hombre, yo le conozco, y no es malo.»

Y esta mujer es la que se considera como superior, relativamente se entiende. Da gracias al cielo por habértela concedido, pues no la merecias.

Sin ella hubieras hecho lo que hacen los estúpidos de tu especie que no han tenido la suerte de encontrarla; hubieras amontonado ruinas sobre ruinas y desastres tras de desastres. De estas mujeres existen más de lo que supone la generalidad, y aún habria más si el hombre conociese mejor á la mujer, y si no dejase, en nombre de sus falsos intereses y de sus goces ficticios, perderse en el celibato, en un trabajo excesivo, en la miseria y en la corrupcion á una gran parte, la mayor quizás, de ese elemento de vida, de fecundidad y de amor. Son pocas las mujeres que en un momento dado no sientan ó no hayan sentido en su interior un valor disponible, espectante, utilizable, y que no hayan llamado con amor, con desesperacion y hasta con amenazas al único motor con que cuentan, al hombre, porque ántes que todo deben ser madres, y no pueden serlo sin él. De aquí el mérito de la mujer y su marcada superioridad sobre el hombre, cuando no habiendo encontrado al verdadero esposo, ni al padre verdadero en el que se ha casado con ella, termina allí sus pesquisas, y permaneciendo esposa intachable se constituye madre y padre á la vez.

De aquí tambien nace su derecho de quejarse y de vengarse del hombre, cuando éste la desprecia en

su valor natural, no se la asocia por el casamiento y la estimacion, y quiere aprovecharse con riesgo sólo de la mujer, de las debilidades, de los extravíos, de las decadencias, cuando él sólo ha sido la causa de ellos.

Entónces, todo le es permitido á la mujer. Y cuando se oye á los hombres trinar contra las cortesanas que los engañan, los despojan y los envilecen á ellos y á sus hijos, conveniente y justo es reirse en las barbas de esos usureros del alma, que quieren á todo trance recoger amor y felicidad allí donde sólo han sembrado ira y odio.

Hay tambien otra verdad absoluta que la mujer no dice, cuando empieza la lucha, por no dar á su adversario derechos de los cuales podria abusar; esta verdad consiste en que si en voz alta exige al hombre que sea su esclavo, por lo bajo le pide que sea su amo, pero amo fuerte, apacible y justo, que ella sufrirá, á quien amaré y honraré sinceramente, cuando ya lo haya aceptado y reconocido como amo. No quiere ser apresada, sino conquistada, y tiene razon.

Vencida de una manera leal é inteligente, se somete para siempre al hombre y forma alianza eterna con él; mal comprendida ó aplicada mal, es siempre indiferente ú hostil. Y la superioridad que la mujer exige al hombre, no tiene ninguna relacion con la superioridad social; es esencialmente moral. Ella no pide al hombre á quien quiere amar que sea supe-

rior á los demás hombres; más bien lo temeria: sólo le exige que sea superior á ella. Desde el momento en que ella le obedezca, lo juzgará capaz y digno de poder mandar á todos. Y esto explica por qué tantos hombres oscuros y desconocidos han sido amados y por qué lo han sido tan poco muchos hombres célebres. En todas las mujeres hay algo de Jimena; solamente que el combate del cual desea que salga vencedor su Cid, y cuyo premio debe ser ella misma, es el combate que empeñan ambos esposos. Y se estima ella en tan alto precio, que no duda, despues de vencida, que no sea él capaz tambien de vencer á todos los castellanos y navarros del mundo.

Tal es la mujer, el fondo de la mujer, si me es dado explicarme de este modo; mas esta mujer, una como forma, como funcion y como ideal, recibe constantes modificaciones en su superficie por las influencias ambientes, por la educacion, por la esfera en que vive, por la mezcla de razas, por la familia; en fin, por mil fatalidades que sufre sin poderse dar cuenta de ellas, y sobre todo por la ignorancia del hombre que casi siempre le exige lo que ella no puede dar, y le trae otra cosa que lo que ella desea.

En resúmen; hay la mujer, tal como la ha hecho la Naturaleza, y hay las mujeres segun las hace la sociedad. Son dos clases distintas que no hay que confundir cuando se hacen observaciones, por más esfuerzos que instintivamente hacen las mujeres fic-

ticias para hacer creer que son la verdadera mujer. No hay que dejarse engañar. Esta es un elemento, es decir, un cuerpo simple, y por consiguiente no susceptible de descomposicion; las otras son mezclas, mixturas, combinaciones químico-sociales, de las cuales sólo el religioso, el observador, *el que sabe* pueden extraer el elemento divino, latente ó reservado; pero mientras este elemento no se desprenda, ellas perturban, embriagan, adormecen, asfixian, exasperan, disuelven y volatilizan á los falsos varones, á *los que no saben*, sin conseguir reconcentrarse en sí mismas. De esta confusion, de lo ficticio con lo real, salen las comedias, los dramas, las tragedias del amor, de donde el literato saca su alimento, su fortuna y su fama, secundado por el predominio que da á los sentimentalismos vagos sobre las verdades fundamentales esa confusion seductora y peligrosa para los demás, pero fecunda para él.

Acabamos de admitir la hipótesis más feliz para el hombre, la del casamiento en donde ha encontrado á la mujer, es decir, al sér utilizable y susceptible de funcionar, que sólo le exigirá el medio de pagar á la Naturaleza el tributo que ésta le exige: la maternidad; pero hay que admitir el caso mucho más frecuente en que en vez de asociar á sí la mujer, el hombre se une á ella, formando una de esas combinaciones químico-sociales, de las cuales hemos hablado anteriormente.

Estas susodichas combinaciones son las que contrarian y descomponen la famosa clasificacion social de: *Mujeres del templo, mujeres del hogar, mujeres de la calle*. La Naturaleza hace ella tambien la misma clasificacion; pero en vez de decidir por lo exterior, se guia por lo interior, de manera que sus fallos son irrevocables.

Como lo llamado civilizacion ha producido en todos tiempos grandes trastornos humanos, las naciones que estaban más distantes unas de otras han entablado relaciones casi siempre por medio de la guerra; despues de haber chocado, los pueblos se han conocido, y las razas en que ya se dividia la especie se han cruzado. Así es que hay en nuestra sociedad moderna, especialmente despues de estos últimos siglos, individuos que provienen de los cruzamientos de dos ó tres, quizás de cinco razas con sus variedades, que contienen en sí, en proporciones más ó ménos iguales, los caractéres atenuados, pero permanentes, de los diferentes tipos de donde proceden. Si á esto se añaden las tradiciones, las educaciones, las religiones, las pasiones, las costumbres y los usos peculiares de los grupos y de las familias á las cuales han pertenecido sus antepasados, llegareis á descubrir las mezclas más extraordinarias dando unos productos los más heterogéneos y á veces los más contradictorios en la esfera en que se hallan colocados. Cuando se procede á la obser-

vacion moral del hombre, está admitido como principio elemental el exámen de los tipos á que pertenece el sujeto, en la conformacion de la cabeza, de los piés, de las manos, en el color del rostro, del cabello, del cútis, en el sonido de la voz, en los movimientos, las posturas, los gestos, y hasta en su parecido con los animales, últimos datos preciosos que debemos á Lavater y que tanto hubiesen sorprendido á Buffon.

Sin hacer estas comparaciones, no conseguireis ningun resultado, y tomareis por anomalías casuales, por aberraciones de espíritu espontáneas ciertos caracteres que no tienen más culpa ó más desgracia que la de no moverse en el campo de accion á que la Naturaleza los habia destinado. Tambien sucede que la presion del medio antagonista de que no pueden esos séres particulares sustraerse los conduce en efecto á la locura, al crimen, al suicidio y á la esterilidad. Otros consiguen emigrar á costa de cualquier sacrificio, y se vuelven instintivamente, sin saber ellos mismos por qué, á la cuna de su raza.

En algunos tambien ejercen tanto influjo la savia y el origen, que en vez de dejarse devorar por el obstáculo social que se les opondrá, se rebelan contra él, lo dominan, lo absorben, lo arrastran y lo transforman en bien ó en mal. Pero la mayor parte de ellos, en las mil ocasiones que diariamente ofrece una sociedad siempre en movimiento como la nues-

tra, encuentran aplicacion para sus facultades exóticas; y si la policia tuviese tiempo para ello, podria dedicarse á una etnografia moral de las más útiles é interesantes. Lo que acontece con los hombres es consecuencia necesaria tambien para las mujeres; sólo que éstas, más circunscritas, si no en su accion, por lo ménos en sus movimientos, no tienen más que el casamiento y el amor para campo de operaciones, y los hombres como medio. Y como sucede que los hombres, cualquiera que sea su origen y cualquiera mira que tengan, pasan siempre al lado de la mujer, ésta los espera al paso, dispuesta á seguirles, á detenerlos ó á dirigirles, segun sean bastante poderosos para arrastrarlas consigo ó bastante débiles para subordinarse á ellas. Aquí es donde la lucha adquiere á veces proporciones tremendas.

Si el varon y la hembra son, no digamos ya armónicos, pero sí congéneres, pronto se reconocen, y recobrando ó transportando su latitud en sus sentimientos, llegan casi á vivir *aquí* como pudieran vivir *allá*, se adhieren, se aman, se arreglan juntos, segun el dicho vulgar.

Mas si se trata de un jóven de la clase media cuyo origen y fortuna procede pura y simplemente de la calle de los Lombardos, que pide y consigue la mano de una señorita oriunda de los salvajes de la Mendana que visten con plumas de ave, se pin-

tan, tiran el arco como Guillermo Tell, y de vez en cuando se comen á sus hijos como Saturno, ¿qué quereis que sea del que se cree y se dice hombre porque va vestido de cierta manera y está conformado de cierto modo? Lo que será de *ella* no es difícil adivinarlo. Y no creais que estoy gastando bromas, porque existen en los colegios, en las familias y en las tiendas de nuestras ciudades niñas por cierto muy bonitas, quienes en vez de aprender la *Historia de Francia* de Anquetil y la *Pequeña Cuaresma* de Massillon, ó de adiestrarse en la costura ó las modas, hacen el mismo caso de lo que les enseñan que de lo que pasa en la luna, porque en aquella misma hora deberian estar corriendo las Pampas con los Gauchos, comiendo greda con los Ameypures ó sus ancianos parientes los Battahs, sirviendo en la guardia de honor del rey de Dahomeh, pintarse los ojos, arrancarse el vello y adornarse la frente con estrellas de oro esperando al sultan, ó hacerse quebrar piedras sobre el abdómen en las funciones de las cabezas de partido. Lo que llaman ensueños ó imaginaciones de las mujeres no suelen ser otra cosa que el recuerdo remoto y repetido de sus primeros generadores.

Todos los dias tropezamos con pieles rojas de tez rosada, con negras de manos blancas y bien formadas, verdaderos antropófagos, que no pudiendo comerse al hombre crudo, se disponen y preparan

para roer al hombre vivo, como deben hacerlo las mujeres civilizadas, esto es, con salsa de matrimonio ó de placer, con platos, tenedores, servilletas, enjuagues, sacramentos y proteccion legal.

En oposicion de lo que digo se me contestará que la educacion modifica, corrige y destruye estas fatalidades. La educacion mejora á los buenos y fortifica á los débiles, lo cual no es poco, pero es impotente sobre ciertos elementos psicológicos que constituyen algunas individualidades humanas.

A veces nos libra de las influencias de un centro malo, influencias que se confunden harto fácilmente con las exigencias naturales depositadas en nosotros por herencias implacables; pero no corrige ni á los cobardes, ni á los orgullosos, ni á los avaros, ni á los envidiosos, ni á los salaces; por el contrario, les proporciona nuevos é ingeniosos medios para desarrollar más fructuosamente su cobardía, su ambicion, su avaricia, su envidia, su lujuria, y suele concederles además ese medio de ocultacion y de mayor peligro que los demás, que llaman hipocresia.

Las desgracias mismas que las pasiones y los vicios acarrearán á los apasionados y viciosos no consiguen escarmentarlos. Es vano os esforzareis en criar á un oso metido en algodón y poniéndole cintas azules al cuello; jamás conseguireis transformarlo en perro; siempre olerá á fiera y tirará al monte, acabando tarde ó temprano por estrangularos. Todos los

30082

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

domadores concluyen por ser devorados, cualesquiera que sean los medios empleados para domesticar y hasta para enervar á las fieras.

Me direis: « Pero el hombre no es una fiera como el tigre y como el oso. ¡Es el hombre! Tiene alma.» Deberia tenerla quereis decir. A estas horas hay efectivamente en la tierra cierto número de hombres que tienen alma.

¿Cuántos? ¿el cinco por ciento? Si creéis que no es bastante pondremos el diez, y aunque me parece mucho no importa. ¡Mirad en torno vuestro y vereis que los demás ni siquiera se cuidan de lo que puede ser una alma!

Sucede con ciertas verdades lo que con algunas estrellas, que existen positivamente hace miles de años, y cuyo resplandor aún no ha llegado hasta nosotros. Está en camino, se la espera, y este mismo libro que estais leyendo ahora no es más que uno de los cien mil anteojos asestados para descubrirla en las profundidades del éter.

Entre tanto, y concretándonos á nuestro objeto, lo que no es fácil, pues abarca todo lo que existe, la sociedad dice: Todas las vírgenes son del templo; todas las madres y esposas son del hogar; todas las cortesanas son de la calle; pero la Naturaleza contesta: Te equivocas, y por consiguiente engañas.

Por de pronto, allí tienes en el templo criaturas que clasificas por una señal particular que no de-

pende de ellas, y que nacidas *de la calle* llegarán á ella fatalmente, sea pasando por el hogar, sea saltando por encima. Nada les impedirá hacerlo. Está en la sangre; viene de raza. Despues has hecho entrar á la fuerza en el hogar á unos séres de exquisita delicadeza que habian nacido para el templo eterno, y á quienes has condenado á pertenecer al hombre ignorante, á la grosera realidad, á la maternidad que marchita y que mata, porque no poseen ni la sustancia ni los órganos necesarios á las funciones que les impones.

¿Ignoras por lo visto que si existen séres que que aún no poseen alma los hay que no tienen ó que han dejado de tener un cuerpo, que se ruborizan, sufren y mueren del contacto humano? ¿Ignoras que existen ángeles sobre la tierra, cuyas alas no deben cortarse, y ahora mismo estoy viendo algunas que has dejado caer en la calle y que se quejan y revuelven en el fango? Ten cuidado, pues, con lo que haces, torpe de tí. ¿Te figuras acaso que Cristo va á bajar todos los dias á la tierra para ponerlo todo en orden y echar á los mercaderes del templo para que entre en él la Magdalena?

Es, pues, indispensable ¡oh sociedad! que te veas castigada de vez en cuando por tu ignorancia de las cosas; y cuando uno de estos dias estalle la insurreccion en la capital de las naciones civilizadas con el objeto de destruirte, ya verás lo que es

ese femenino indescrptible á quien tratas con tanta ligereza, y á quien tendrás que fusilar por la espalda por no mirarlo cara á cara, entre su frasco de petróleo y su cuartillo de aguardiente.

¿De dónde habrán salido aquellas mujeres jóvenes, hermosas, bravias, salvajes, horribles, mil veces más feroces que *sus hombres* que incendiaron tu gran ciudad, que degollaron á tus magistrados y á tus sacerdotes, que asesinaron y mutilaron á tus soldados? Esas son las bribonas *de la calle*, ¿no es verdad? ¡Vas á deportarlas! Muy bien. ¿Pero y despues? Te ocuparás en instruir las y en moralizarlas. Ya existen comisiones instituidas para ello. ¡Buena suerte!

Por ahora, y como hay que reirse un poco, hazme el favor de observar aquella linda jóven que va y viene por el templo y que mira con impaciencia por la ventana. ¡Es que esa tiene sus miras acerca del matrimonio! Desprecia al hombre en absoluto, mas conoce que le es indispensable tener *uno*, no como apoyo y defensa, sino como tapadera y escalon.

Pierde cuidado, que ya encontrará lo que le hace falta. Hace brotar sobre la superficie de su persona todas sus gracias, todos sus encantos, todas sus astucias, todo lo que la Naturaleza le ha dado, todo lo que la educacion le ha enseñado.

Ha nacido virgen porque no ha podido ser de otro modo, aunque ya en el seno de su madre ha

debido tomar las actitudes de la impúdica Manon. Consume su tiempo de residencia en el templo, porque ese es el punto de partida y su entrada en el juego social, sin lo que ya hace tiempo que todo lo hubiera echado al traste, haciendo de su capa un sayo; pero te declaro que aquello no la divierte. La señorita saca la nariz al viento, y olfatea los cuatro puntos del horizonte. Si es rica, comprará el varon necesario; si es pobre, le costará algo más de paciencia y astucia, y hará que *él* sea quien *la* compre. Por lo demás, está resuelta á todo. Necesita brillar, y tiene que dar pasto y placer á su carne. El hombre se presenta. Que ella pertenezca á la nobleza, á la clase media ó al pueblo bajo, eso poco importa; posee en ella misma lo que ha de atraerle, y lo utiliza bien.

Os birla alegremente los preliminares sentimentales, y el casamiento se fragua en un abrir y cerrar de ojos. Nueve meses despues tiene un chiquillo que ha heredado en más ó ménos grado las acritudes de la sangre paterna y las mezclas de la madre; pero esto es cuestion de la facultad. Despues de hecho este sacrificio á la Naturaleza y á la herencia, declara al marido que *aquello* la cansa demasiado, y que ya no quiere ser madre, al ménos hasta que pase cierto tiempo. El marido no dice que no. ¿Qué le importa con tal que saboree los placeres de la paternidad, sin los inconvenientes que son su conse-

cuencia? Consiente. Se da á criar el chico á una ama vestida á estilo ruso ó borgoñon, y si la señora tiene sentidos, se constituye legalmente en la querida del señor.

Desea éste ser amado, y ya lo es; de ese modo lo mete bajo la suela de su zapato, lo domina, lo aniquila, lo disuelve, cosa que no era difícil, al paso que él la deprava prácticamente, lo cual tampoco era dificultoso, porque ya estaba hecho la mitad en teoría. Si por el contrario carece de sentido, entónces lo aleja lo más que puede ó lo aguanta en una especie de letargo vigilante. Ella tararea lo que *él* canta, y le deja que se quebrante la voz solito.

Entre tanto, ha llegado ella al estado de mujer del gran mundo, que es una de las manifestaciones sociales más grotescas é insanas de lo femenino en los pueblos civilizados. Empieza por comprar más pelo, se pinta, se tiñe, se empolva según la época y la moda, y anda escotada enseñando media espalda y los sobacos. Sus pechos, que no se han empleado para alimentar al niño, sirven para el regalo de los ojos exhibiéndose en un corsé de raso, en donde puede penetrar la mirada de todos, pero donde no es permitido aún meter la mano. Es la gamella de las tentaciones y la hucha de los requiebros; se le pueden decir cuantos se quiera, pero con palabras más embozadas que el objeto. Por lo demás, ella nada sabe, nada lee, nada comprende, pero habla de

todo, empleando frases ligeras y vacías que nada dicen, y ante las cuales todos los falsos varones se quedan pasmados de admiración á guisa de niños que se extasían delante del vendedor de globos colorados. Entre tanto, el niño ó la niña ha pasado de la nodriza al ayo ó aya, al convento ó al colegio.

Se le ve ó se la ve una hora al día ó una vez á la semana. En fin, bien sea porque el señor haya agotado su repertorio, ó porque le falte la memoria en medio de su discurso, ó porque aún no haya conseguido conmover á pesar de todo lo que ha dicho, el resultado es que la señora empieza á figurarse que debe haber algún melodrama más interesante y de más movimiento, y cansándose ya de su actor diario, le entran deseos de correr los teatrillos.

Entónces es cuando la inevitable catástrofe que ella madura hace tiempo rompe su cáscara, saliendo de allí el galán joven con la sonrisa en los labios y el jarrete tendido hácia adelante para desempeñar el primer papel. Ella estudia y ensaya durante quince días la actitud en la cual ha de caer, y por fin cae en medio de tal monton de seda, muselinas y encajes, que ni siente el daño que se hace ni el que hace. Después de todo, las cosas se han hecho convenientemente, con el disimulo que enseña la educación á gentes de calidad. En adelante se mirarán de cierta manera, se escribirán de cierto modo, y punto concluido. En suma, ella tiene un amante.

Hace un siglo que hubiera sido un caballero de capa y espada, corredor de aventuras, amigo del rey, ingenioso y valiente, diciendo á los ingleses en Fontenoy: «Disparad, señores,» y haciéndose empolvar el pelo á la mariscala ante las balas del cañon de Dettingen: hace sesenta años que hubiera sido un mozo más plebeyo quizás, pero fornido, con busto de bronce, músculos de acero, puño de hierro, y pasando el Eridano, el Elba ó el Beresina á nado para no trascender á pólvora al entrar en casa de su querida: hace treinta años que hubiera sido un héroe de novela, de pálido semblante, apasionado de lord Byron, sucesor de Lara, tísico por algun tiempo, soñando la muerte con su querida, á veces tan imaginaria como su enfermedad, haciéndole versos en los campos y en los bosques, pero teniendo aún fe en algo, aunque sea en la duda, y volviendo á su Elvira en sueño ó en realidad lleno del perfume de los tilos y de las acacias.

Hoy se toma lo que se encuentra porque no hay otra cosa; se acude á un ente sin talento, sin músculos ni ilusiones, que monta á caballo alrededor del lago, va al casino y al círculo del *Oeil crevé*; que participa á la vez de maniquí, jugador y rufian; que huele á *patchuli*, á tabaco, á vino y á estiércol de cuadra. ¿Qué quereis? Los tiempos están malos; no lo hay mejor. No importa, á pesar de esta consideracion, la señora llega á aburrirse; no era eso lo que

le convenia. Ni siquiera encuentra allí la parte efectiva de lo conyugal y es mucho ménos cómodo. Despues de haberle llevado tras de sí durante una temporada de baños á las aguas que el marido necesita, despide al majadero, mandándolo al cuerpo de baile de la Opera ó de otro teatro, en donde él cuenta que ha tenido relaciones con *la fulana*, pero que la ha dejado por ser demasiado flaca.

En cuanto á *la fulana*, ó le es ya indispensable la sensacion y es preciso que la vuelva á encontrar, ó bien no la ha experimentado todavía y necesita buscarla. Entónces es cuando toma el segundo amante. ¡Oh! ¡En cuanto á este segundo hay todo un poema que escribir! Esta vez se molestarán algo más; pero estarán á gusto y á sus anchas. Irán á casa del querido, ó á una fonda, ó á casa de un amigo para estar más tranquilos. Por lo demás, para el segundo habrá habido mejor eleccion; le habrán visto en las cacerías de otoño sostenerse diez horas á caballo y bailar desde la noche hasta la mañana. Tiene las orejas encendidas, el cuello corto y la barba poblada. ¡Adios templo! ¡Adios hogar! que sólo eran estancias de paso. Ya es mujer *de la calle*, si no social, al ménos moralmente, la igual de las que se pavonean en ella á pié ó en coche. Con el segundo amante, la mujer casada no está ya en la decadencia involuntaria, sino en la caida apetecida. Aquello ya no puede llamarse amor, ni para hablar cortésmente, galante-

ría; aquello en el fondo es un libertinaje que se halla sometido con conocimiento de causa y reincidencia, de igual modo que la prostitucion, á condescendencias ó precauciones ignobles, bajo pena de escándalo, aborto ó infanticidio.

Se acabó (y no hay nada más triste): el nombre de la esposa, de la madre, va á correr de boca en boca como un pajarillo de rama en rama. A veces se equivoca de árbol y cae con el pico abierto en los oídos del marido, á pesar del enrejado con que hábilmente lo han rodeado. Casi siempre el marido sorprendido, desesperado, se tira de los pelos, pero se calla. Además, ya está vencido hace tiempo; existe un niño ya casi hombre; existen las consideraciones del mundo, resultados de la educacion. ¡Silencio! Y aquel tonto sufre, sin embargo, y á veces le mata el suceso. Creía ser siempre amado. ¡Casi todos los dias le daban pruebas de ello, y aún aquella misma vispera!.... ¡Quién lo hubiera jamás creído! La mujer baja la cabeza, llora, promete y vuelve á hacer lo mismo. Y cuenta que si al dia siguiente de su casamiento, á la primera infraccion ligera, pero atentatoria al hogar propiamente dicho, que aquella mujer se permitiera, el marido la hubiera suministrado el correctivo que reclamaba su abolencia de salvaje ó de saltimbanquis, ella hubiera dicho: «¡Hola, pues es hombre!» y entónces lo hubiese adorado. ¡En qué poco consiste á veces la felicidad de una familia!

Pero el marido, que no ha tenido ese destello de genio y que, al contrario de Raquel, sólo pide que le consuelen de la desgracia inmerecida que le sucede porque á él no le remuerde la conciencia, aquel hombre que ha contraído hábitos de que ya no puede prescindir (y ha dicho á su mujer que todo habia concluido entre ambos), emprende un viaje buscando aventuras, y al fin encuentra á Clorinda ó á Pamela que le cuenta su historia, á quien él refiere su desgracia, que la conmueve, y que él siente no haber encontrado ántes cuando era libre.

¡Quizás se hubiera casado con ella! Era la mujer que él habia soñado, y en prueba de ello le deja parte de la dote del pequeño estúpido que va creciendo, y á quien Pamela se encarga de acometer mientras acaba con el padre. Este hace entónces algunos ensayos de politica provincial, advierte que esto no le interesa, y toma algunos afrodisíacos; sus piernas ya no van más que adonde quieren; llega la demacracion, la anquilosis, la parálisis, el reblandecimiento y despues la muerte. Ea, pues, adios.

Su mujer sigue.... siendo mujer del mundo con segundas nupcias y falsa devocion.

Quizás me hareis una observacion, y es que sólo tomo mis cuadros de las clases superiores, á lo cual contestaré que cuando éstas den el ejemplo, las inferiores lo seguirán. Cuando veais vino en lo alto de la botella, estad seguro que tambien lo hay en el fondo.

Ya conocemos, pues, el desenlace ordinario, el eliz, en donde todo se arregla como en las comedias; pero á veces suele la cosa acabar peor, pudiendo acontecer que el señor de Framboisy se enfade de veras, falte á la educacion, se separe, arme pleito, ó desenvaine su espadon, matando al galan ó á la dama, ó á ambos, y quizás á sí mismo para fin de fiesta. De aquí resultan catástrofes como la que últimamente ha conmovido á la capital, y ya se sabe que las grandes ciudades sólo buscan en esas aventuras ocasion de impresionarse mucho, á menudo y por poco tiempo.

De ahí resultan tambien esas innumerables discusiones en que se toma partido por la mujer ó por el hombre, generalmente por la mujer. ¡Es tan bonito el pecado de amor! Y además, ¡cómo se entiende matar á una mujer! ¡A ese delicado y pobre-cillo sér indefenso y en camisa! Se escriben artículos demasiado breves, cuando son como el vuestro, caballero; y se responde con epístolas muy largas como la mia..... todo lo cual en último resultado no sirve para nada, porque vuelven á salir por milésima vez al tapete estas dos cuestiones: La educacion de la mujer y el divorcio.

Los feministas, permítaseme esta palabra, dicen, con muy buena intencion por supuesto:

«Todo el mal consiste en no querer reconocer á la mujer como igual del hombre, en no darle la

misma educacion y los mismos derechos, en el abuso que el varon hace de su fuerza, etc., etc.....» y todo lo demás que por sabido se calla.

Nos permitiremos contestarles que lo que dicen carece de sentido comun. La mujer no es un valor igual, superior ó inferior al hombre; es un valor de otro género, así como es un sér de otra forma y de otras funciones. Y una prueba de que no es tan fuerte como el varon, es que siempre se queja de que el hombre tiene más fuerza que ella. Ahora bien, si la Naturaleza ha dotado al hombre de fuerza, es para que la utilice como debe utilizar todos los dones que ha recibido para la obra que ha de desempeñar.

Y en efecto, uno de los primeros usos que el varon ha hecho de su fuerza, ha sido encerrar y subordinar cuanto le ha sido posible á la hembra, de quien necesita en casos determinados, por haber observado que le cuesta muy cara la libertad de la mujer, aunque sea en el Paraíso.

Por otro lado, ya hemos visto cuáles son las armas con que la Naturaleza ha favorecido á la hembra para que pudiera recobrar por las costumbres lo que las leyes le niegan. Los *hombres fuertes* que han establecido las sociedades han creído, por consiguiente, que debian someter la mujer á una legislacion especial, en razon de la funcion particular, y preciso es decirlo, inferior, á la cual la Naturaleza ya la habia condenado. Era, pues, preciso poner en la

más aproximada armonía la ley con esas funciones femeniles, y esto lo han tratado de hacer del mejor modo posible, segun el conocimiento que tenían de aquel sér especial, y por lo visto no se han equivocado mucho, puesto que en todas partes son las más respetadas, las de más valía y las más felices las mujeres que aceptan lealmente esta conformidad legal de la Naturaleza y de la sociedad. Estas no se quejan, ni se rebelan nunca. Luego no por la educacion que le damos es la mujer lo que es, sino que la educamos con arreglo á lo que es; y cuando tiene la pretension de dictar leyes, mandar ejércitos ó conducir locomotoras, se hace tan ridícula como si el sexo fuerte se empeñara en llevar moños, ir escotado y dar de mamar á los chicos.

Pretender reunir en una sola tan distintas naturalezas, sería querer el hermafrodisimo, esto es, la impotencia de ambos como varon y como hembra. Cada cual debemos llenar nuestras funciones, asi como hemos de guardar nuestra forma, reservando al amor el cuidado de mezclar ambas formas para obtener de esta fusion el resultado que Dios necesita, *el niño*, volviendo despues cada uno al desempeño de sus tareas especiales sin desentenderse por eso del destino comun. Hay hombres, ciertamente, que abusan de la debilidad de las mujeres, así como existen mujeres que se aprovechan de la estupidez de los hombres; pero esto depende del carácter in-

dividual y no del de la especie. Dios Todopoderoso, el hombre mediador, la mujer auxiliar, ese es el triángulo. El hombre nada puede sin Dios, la mujer nada sin el hombre; esta es la verdad eterna, absoluta, inmutable. No es, pues, la educacion de la mujer la que debe modificarse, sino la del hombre. Cuando éste sepa bien por qué está sobre la tierra, la mujer comprenderá en seguida por qué debe obediencia al hombre. No se trata, por consiguiente, de otorgar á la mujer más libertad ni más derechos que los que ya tiene, puesto que no le servirían más que para constituirse en adversaria legal y social del hombre, lucha en la cual saldria éste vencedor por ser el fuerte. Se trata de enseñar, y si se resiste á ello, imponer al hombre sus deberes respecto á la mujer. Esta, que es un sér de forma, de subordinacion y de auxilio, tiene el derecho, pero derecho imprescriptible, de pedir al hombre, que es el sér de mediacion, de iniciativa y de movimiento, que la inicie en lo que Dios le dice, haciéndola valer lo más posible y asociándola á su eterno destino. Mientras que el hombre no cumpla con su obligacion, no podrá exigir tampoco deberes en la mujer. Ya no será su jefe, sino su enemigo, y ella se vengará de él *individualmente*, por todos los medios posibles, sin dejarle nunca el derecho de quejarse. Y entónces verá, por no haberla sabido guiar, adónde ella puede conducirlo.